



a

Erizo de mar

por Jacques Derrida

(traslape de coro por Carmen Abaroa)

Erizo de mar

(Che cos'è la poesia?) *

por Jacques Derrida

traslape de coro
por Carmen Abaroa (en Sorata)

Para responder a tal pregunta – *en una o dos palabras, ¿no?* – se te solicita saber renunciar al saber. Y saberlo bien, sin olvidarlo nunca: desmoviliza la cultura, pero lo que tú sacrificas en camino, atravesando el camino, no lo olvides jamás en tu docta ignorancia.

¿Quién osa preguntar tal cosa? Incluso si no lo parece, pues desaparecer es su ley, la respuesta *se ve dictada*. Yo soy *un* dictado, profiere el poema, apréndeme *de coro*, carajo, de memoria, copia, vigila y guárdame, resguárdame, mírame, dictado ante los ojos: cinta de sonido, *wake*, estela de luz, fotografía de la fiesta en duelo.

Ella se ve impelida, la respuesta, a ser poética. Y, por ello, pujada a dirigirse a alguien, singularmente a ti pero como al ser perdido en el anonimato, entre ciudad y natura, entre Sorata y Warisata, un secreto compartido, a la vez público y privado, *absolutamente* lo uno y lo otro, absuelto de afuera y de adentro, ni lo uno ni lo otro, el animal arrojado por el camino, absoluto, solitario, enrollado, hecho bola – consigo. Puede hacerse aplastar, *justamente*, por eso mismo, el erizo, *istrice*.

Y si tú respondes de otro modo, según el caso, teniendo en cuenta el espacio y el tiempo que te son *dados* con esta *pregunta* (desde ya tú hablas italiano), por ella misma, según *esta* economía pero también en la inminencia de cierta travesía *fuera de sí como de casa*, arriesgada, hacia la lengua de otro en vista de una traducción imposible, tan resurgida como rehusada, necesaria mas deseada como una muerte – ¿qué es lo que todo eso, eso mismo en que tú acabas de desvariarte, tendría que ver, pues, con la poesía? Con lo *poético*, más bien, porque oyes hablar de una *experiencia*, otra palabra para decir viaje, aquí el recorrido aleatorio de un trayecto, la estrofa que vuelve pero que jamás retrotrae al discurso, ni a casa, jamás se reduce a eso al menos la poesía – escrita, hablada, cantada incluso.

He aquí, pues, en una o dos palabras, a no olvidar.

* Publicado [con el título *Che cos'è la poesia?*] en *Poesia*, I, 11, noviembre de 1988, y luego en *Po&sie*, 50, otoño de 1989, donde venía precedido por la siguiente nota:

“La revista italiana *Poesia*, en que apareció este texto en noviembre de 1988 (traducido por Maurizio Ferraris), abre cada uno de sus números con la tentativa o simulacro de una respuesta, en algunas líneas, a la pregunta *che cos'è la poesia?* Ella es planteada a un vivo, mientras que la respuesta a la pregunta *che cos'era la poesia?* corresponde a un muerto, en ese caso al *Odradek* de Kafka. Al momento de escribir, *el vivo* ignora la respuesta del muerto: viene al final de la revista y escogida es por los editores.” [NdT: El título en esta ocasión, como el desplazamiento del antiguo nombre – tal vez ya no sin más arcaico – a subtítulo, a riesgo de atravesar todos los prohibidos pasajes francos entre *hérisson* y *oursin*, faltas acaso de eso que llámase, en traslación, retórico decoro, fuera, hasta cierto punto (pues hay también *hérisson de mer* en delimitadas comarcas del habla franca), de exclusiva responsabilidad nuestra].

1. **La economía de la memoria:** un poema ha de ser breve, elíptico por vocación, cualquiera sea por demás su extensión objetiva o aparente. Docto inconsciente de la *Verdichtung*, del retrazo como del suspenso.

2. **El corazón en coro.** No el corazón en medio de frases que circulan sin riesgo por entre los cambistas de la calle Camacho y se dejan traducir a cualquier lengua. No simplemente el corazón de los archivos cardiográficos, el objeto de saberes y técnicas, de filosofías y de discursos bio-ético-jurídicos. Tal vez tampoco el corazón de las Escrituras o de Pascal, ni siquiera, y es menos seguro, ese que en vez de aquellos prefiere Hiedegger. No, una historia “de corazón” poéticamente envuelta en el idioma del “aprender de coro” de mi (arcaica) lengua o de otra, *par coeur*, por caso, o la inglesa (*to learn by heart*), o incluso de otra, la árabe (*hafiza a’n zahri kalb*) — un trayecto nomás a varias voces.

Dos en uno: el segundo axioma se enrolla en el primero. Lo poético, digámoslo, sería lo que tú deseas aprender, pero del otro, gracias al otro y dictado, de coro: *imparare a memoria*. ¿No es ya eso, el poema, cuando una hilacha es dada, la venida de un acontecimiento, en el momento en que la travesía del camino llamado traducción permanece tan improbable como un accidente, intensamente soñada con todo, requerida ahí donde lo que promete deja siempre qué desear? Un reconocimiento va hacia eso mismo y previene aquí el conocimiento: tu bendición antes del saber.

Fábula que tú podrías contar como el don del poema, es una historia emblemática: alguien *te* escribe, a ti, de ti, acerca de ti. No, una marca dirigida a ti, dejada, confiada, se acompaña de una exhortación, se instituye de veras en esa orden que a su vez te constituye, asignando tu origen o dándote lugar: destrúyeme, o antes bien dame mi soporte invisible afuera, en el mundo (he ahí ya la seña de todas las disociaciones, la historia de las trascendencias), haz en todo caso de suerte que la proveniencia de la marca permanezca de ahora en adelante inubicable o incognocible. Prométemelo: que ella se desfigure, transfigure o indetermina en su *puerto*, y tú oirás con esta palabra la orilla de la partida tanto como el referente hacia el cual una traslación se porta. Come. bebe, traga mi letra, pórtala, transpórtala en ti, como la ley de una escritura hecha cuerpo, tu cuerpo: *la escritura en sí*. La astucia de la exhortación de entrada puede dejarse inspirar por la simple posibilidad de la muerte, por el peligro que puede hacer correr un vehículo a todo ser finito. Oyes venir la catástrofe. Desde ya impreso directamente en el trazo, venido del corazón, el deseo del mortal despierta en ti el movimiento (contradictorio, me sigues bien, doble obligación, obligación aporética) de resguardar del olvido a esta cosa que al mismo tiempo se expone a la muerte y se protege — en una palabra, la maña, el retrazo del erizo, como en la autopista un animal hecho bola. Se lo querría tomar en las manos, aprenderlo y comprenderlo, guardarlo en prenda para sí, consigo.

Te gusta — guardar eso en su forma singular, diríase: en la irremplazable *literalidad del vocablo*, si habláramos de la poesía y no solamente de lo poético en general. Pero nuestro poema no se sostiene nomás en nombres, ni siquiera en palabras. Es desde un inicio arrojado por los campos y caminos, cosa allende las lenguas, incluso si le ocurre

acordarse de ello cuando se contrae, hecho bola consigo mismo, más amenazado que nunca en su retracción, su distancia: cree entonces defenderse, pero se pierde.

Literalmente: quisieras retener de coro, con y si decoro, una forma absolutamente única, un acontecimiento cuya intangible singularidad no separe ya la idealidad, el sentido ideal, como dicese, del cuerpo de la letra. En el deseo de esta no separación absoluta, lo no absoluto absoluto, tu respiras el origen de lo poético. De ahí la resistencia absoluta a la transferencia de la letra que el animal, en su nombre, con todo, reclama. Es el desamparo, la destrenza del erizo. ¿Qué quiere la destrenza, el *stress* mismo? *Stricto sensu:* poner en guardia. De ahí la profecía: tradúceme, guarda, guárdame todavía un poco, sálvate, abandonemos la autopista.

Así se yergue en ti el sueño de aprender de coro. De dejarte atravesar el corazón por el (arcaico) dictado. Al tiro, de un sólo trazo, y es lo imposible y es la experiencia poemática. Tu no sabías, no conocías aún el corazón como coro, así lo aprendes. De esta experiencia y de esta expresión. Llamo poema a eso mismo que aprende el corazón, lo que inventa el corazón, y a fin de cuentas *lo que* la palabra de coro (*cor, cordis*) parece querer decir y en mi lengua discierno mal de la palabra coro. *Coro*, en el poema "aprender de coro" (a aprender de coro), ya no nombra sólo la pura interioridad, la espontaneidad independiente, la libertad de afectarse activamente reproduciendo la traza amada. La memoria del "de coro" se confía como una plegaria a más de uno, es más seguro, a una cierta exterioridad del autómatas, a las leyes de la mnemotécnica, a esa liturgia que mima superficialmente la mecánica, al automóvil que sorprende tu pasión y viene hacia ti como de afuera: *auswendig*, "de coro" en alemán. Entonces: el corazón golpea, te palpita, nacimiento del ritmo, allende las oposiciones del adentro y del afuera, de la representación consciente y del archivo abandonado. Un coro allá, entre los senderos y las autorutas, fuera de tu presencia, humilde, cerca de la tierra, bien abajo. Reitera murmurando: no repitas nunca... En una sola cifra, el poema (el aprender de coro) sella juntos el sentido y la letra, como un ritmo espaciando el tiempo.

Para responder en una o dos palabras, *elipse*, por ejemplo, o *elección, coro o erizo*, habrías tenido que dismantelar la memoria, desarmar la cultura, saber olvidar el saber, incendiar las bibliotecas de las poéticas. La unicidad del poema es a tal condición. Tienes que celebrar, debes conmemorar la amnesia, el salvajismo, incluso la tontería del "de coro": el erizo. Se ciega. Enrollado, erizado de púas, vulnerable y peligroso, calculador e inadaptado (porque se hace bola, sintiendo el peligro en la autopista, se expone al accidente). No hay poema sin accidente, no hay poema que no se abra como una herida, y que no sea al mismo tiempo hiriente. Tú llamarás poema a un encantamiento silencioso, la herida áfona que de ti deseo aprender, arcaica *esta vez*, de coro. Ha pues lugar, en lo esencial, sin que se lo tenga que hacer: *se deja hacer, se hace*, sin actividad, sin trabajo, en el más sobrio *pathos*, extranjero a toda producción, sobre todo a (toda) creación. El poema *toca*, a-con-tece, bendición, venida de alter. Ritmo pero disimetría. No hay sino poema, antes de toda poiesis. Cuando, en vez de la "poesía", hemos dicho [lo] "poético", habríamos debido precisar: "poemático". Sobre todo no dejes catapultar al erizo al circo o al picadero de la *poiesis*: nada que hacer

(*poien*), ni "poesía pura", ni retórica pura, ni *reine Sprache*, ni "operación-de-la-verdad". Sólo una contaminación, tal, y tal encrucijada, este accidente. Esta vuelta, el retorno de *esta* catástrofe. El don del poema no cita nada, no ha título alguno, ya no histrioniza; sobreviene sin que te lo esperes, cortando el aliento, cortando con la poesía discursiva y sobre todo literaria. En las cenizas mismas de tal genealogía. Sin fénix, sin águila, el erizo de mar a ratos, muy abajo, bien abajo, a punto de *tocar* tierra. Ni sublime, ni incorpóreo, angélico tal vez, y por un lapso.

Llamarás de ahora en adelante poema a una cierta pasión de la marca singular, la firma que repite su dispersión, cada vez allende el *logos*, anhumana, apenas doméstica, ni reapropiable en la familia del sujeto o la persona: un animal convertido, enrollado, vuelto hacia otro y hacia sí, una cosa en suma, y modesta, discreta, un pie a tierra, la humildad que *sobrenombra*, llevándote así en el nombre allende el nombre, un erizo catacrético, todas las puntas afuera, cuando este ciego sin edad oye pero no ve venir la muerte.

El poema puede enrollarse, hacerse bola, pero es todavía para volver sus signos agudos hacia el afuera. De cierto, puede reflexionar la lengua o decir la poesía pero no se relaciona nunca consigo mismo, no se mueve nunca por sí mismo como esos ingenios portadores de muerte. Su acontecer interrumpe siempre o desvía el saber absoluto, el ser consigo mismo en la autotelia. Este "demonio del coro" jamás se termina de juntar, de reunir, antes bien se extravía (delirio o manía), se expone a lo que toca, y aún pudiera dejarse más bien despedazar por lo que hacia él viene.

Asujeto: hay tal vez poema y que *se deja, se abandona*, pero jamás lo escribo. Un poema yo no lo firmo jamás. Alter lo firma. El yo no es sino la venida de ese deseo: aprender de corazón de coro. Vuelto para resumirse en su propio soporte, por lo tanto sin soporte exterior, sin sustancia, sin sujeto, absuelto de la escritura en sí, el "de coro" se deja fijar allende el cuerpo, el sexo, la boca y los ojos, borra los bordes, se escapa de las manos, apenas lo oyes, pero nos enseña el corazón como el coro. Filiación, prenda de elección dejada en herencia, se puede agarrar a cualquier palabra, a la cosa, viviente o no, al nombre de erizo por ejemplo, entre vida y muerte, a la caída de la noche o al despuntar el alba, apocalipsis distraído, propio y común, público y secreto.

- Pero el poema del que hablas, tú te extravías, nunca se lo ha llamado así, ni tan arbitrariamente.

- Acabas de decirlo. Había que demostrarlo. Acuérdate de la pregunta: "Qué es...?" (*ti esti, was ist..., istoria, episteme, philosophia*). "¿Qué es...?" llora la desaparición del poema – otra catástrofe. Anunciando lo que es tal cual es, una pregunta saluda el nacimiento de la prosa.